

sospechaba cosa alguna. Ni los clamores de sus vasallos, ni la accidental rebelión de los grandes de España que se negaron á prestar el indecoroso servicio que se les exigía, ni la asiduidad continua é inexplicable del príncipe de la Paz lograban quitarle la venda de los ojos. Aún solía aquel pobre y buen rey repetir á veces el dicho singular que dejaba cortados á cuantos tenían precisión de oírle, de que su hermano, el rey de Nápoles, era un tonto que se dejaba manejar por su mujer. Añádase que el príncipe de Asturias, después Fernando VII, educado lejos de la corte y con increíble dureza, detestaba al favorito cuya influencia criminal conocía, y que el justo enojo que tenía contra él acababa por convertirse involuntariamente en verdadero rencor contra sus padres.

¡Qué espectáculo el que presentó la Francia á fines del siglo XVIII y comienzo del XIX, cuando desmoronándose su trono con estruendo, se alzó sobre sus ruinas un capitán joven, sencillo, severo, infatigable y lleno de genio! ¿Cuánto tiempo lograría resistir la monarquía española el peligroso efecto de tal contraste?

La casa de España, en medio de aquellos desórdenes, sufría á veces vagos presentimientos, y manifestaba sus temores de una próxima revolución. El antiguo amor de los españoles á la religión y al trono la tranquilizaba sin duda, pero recelaba que asomase la revolución por los Pirineos, y por eso trataba de conjurar el peligro con mostrarse deferente á la república francesa (1). La increíble y brutal ceguera del gabinete inglés, los arrebatos de Pablo I contra ella al tiempo de la segunda coalición, concluyeron por arrojarla completamente en nuestros brazos; y parecíale aquello cómodo y hasta honroso desde que el general Bonaparte había ennoblecido con su ascenso al poder todas las relaciones de los gabinetes con el gobierno de la república.

El buen Carlos IV se había prendado, aunque de lejos, del primer cónsul, y le tenía cierta inclinación amistosa. Aumentaba esta afición de día en día, y es doloroso considerar de qué modo había de concluir aquella singular adhesión, por un inconcebible encadenamiento de circunstancias sin perfidia por parte de la Francia (2). El general Bonaparte es un grande hombre,

(1) Esta deferencia, humillante las más veces, no fué por cierto obra de Godoy, y sí de los ministros Saavedra y Urquijo, que tanta guerra le hicieron. Y no son inducciones, sino hechos, los que de esto nos convencen. El breve discurso de recepción que pronunció el marqués del Campo, enviado de embajador nuestro cerca del Directorio, después de la paz de Basilea, aunque tenía algo de lisonjero, no carecía sin embargo de decoro; pero no puede leerse sin sonrojo por lo adulador de sus frases el que en 1798, siendo ya ministro Saavedra, pronunció el nuevo embajador don José Nicolás de Azara. Pues en septiembre del año 1799, dos meses antes de la instalación del consulado, habiendo determinado Urquijo dar una nueva prueba de deferencia á la república, entregó inhumanamente á disposición del Directorio los refugiados franceses que vivían en España, generalmente inofensivos; y aún hizo más para halagar al gobierno francés, pues violó el derecho sagrado de asilo y de pasaje, que es tan justo conceda todo gobierno independiente á los proscritos infelices. «En esta medida, decía en la nota oficial dirigida al embajador de la república, verá usted el deseo eficaz y la atención continua con que se propone S. M. contribuir por todos sus medios al progreso de la república francesa y á la conservación de su gobierno.» (N. del T.)

(2) Imposible parece que se atreva Mr. Thiers á escribir que el rompimiento de Bonaparte con la familia real de España se

decía sin cesar Carlos IV; decíalo también la reina, aunque con más frialdad, por cuanto el príncipe de la Paz, propenso á criticar á veces los actos de la corte de España, de la cual no era ya ministro, parecía censurar la inclinación que se mostraba al gobierno de Francia. Informado entretanto el primer cónsul por nuestro embajador Mr. Alquier, hombre de muy buen seso é ingenio, de que era absolutamente preciso granjearse en Madrid el ánimo del príncipe de la Paz, había enviado á este favorito un presente de armas magníficas, fabricadas en la manufactura de Versalles. Halagó la vanidad del príncipe de la Paz aquella atención del más encumbrado personaje de Europa; acabó de conquistarle nuestro embajador usando con él algunas atenciones y miramientos, y desde entonces pareció entregárenos toda la corte de España sin la menor reserva.

Sólo ofrecía alguna resistencia el ministro Urquijo, hombre de carácter extraño y naturalmente enemigo del príncipe de la Paz, de quien era sucesor, y no mucho más afecto al general Bonaparte. Urquijo era de baja cuna, no carecía de entereza, y habiéndose atraído la enemistad del clero y de la corte por algunas reformas insignificantes que había planteado en el gobierno del reino, propendía de una manera pasmosa para un español de aquella época á las ideas de la revolución. Estaba relacionado con muchos demagogos franceses, y participaba hasta cierto punto de su aversión al primer cónsul. Tenía el mérito de querer reformar los abusos de más bulto, de intentar, por ejemplo, que se cercenasen las rentas del clero y la jurisdicción de los agentes de la corte de Roma. Con este fin tenía instancias pendientes con la Santa Sede; pero al acometer aquella empresa había corrido graves peligros, porque teniendo en efecto por enemigo al príncipe de la Paz, estaba irremisiblemente perdido, si se juntaba para derribarle el influjo interior de palacio con el influjo de Roma. Seducido por algunas atenciones de Mr. Alquier, y testigo por otra parte de la inclinación de los reyes, acabó también Urquijo por admirar al general Bonaparte, á quien no sólo era natural, sino también moda de admirar entonces.

La inclinación del rey llegó á ser en breve extrema. Habiendo visto las armas enviadas al príncipe de la Paz, concibió y manifestó deseo de adquirir otras iguales. Mandáronse fabricar al punto con toda magnificencia, y las recibió el monarca español con verdadero gozo. Deseó también la reina algunos aderezos, y madama Bonaparte, que tenía fama de buen gusto, le envió cuanto producía París en aquel género de más novedad y elegancia. Carlos IV, á fuer de buen castellano, no quiso quedarse corto, y resolvió corresponder de una manera verdaderamente regia. Sabedor del gusto del primer cónsul á los buenos caballos, despobló de lo más selecto las dehesas de Aranjuez, de Medinaceli y de Altamira para juntar primero seis, después doce y por último diez y seis caballos de los más hermosos de la Península. ¡Quién sabe adónde hubiera llegado su esplendor si no hubiesen moderado su deseo!

verificó sin pérdida por parte de la Francia, cuando no hay ya apenas entre los mismos franceses quien no confiese que aquel hecho es un verdadero baldón en la historia del héroe del siglo. (N. del T.)

Empleó dos meses en elegirlos por sí mismo, y en verdad que nadie hubiera desempeñado mejor la comisión, pues era por demás inteligente. Dispuso además una comitiva numerosa para llevarlos á Francia, designando para ello á sus mejores picadores y vistiéndolos de ricas libreas, exigiendo sólo por condición de todo aquel fausto que, mientras durara el viaje por Francia, se haría oír misa á sus palafreneros todos los domingos. Prometiéndose así, y entonces fué puro y sin mezcla su gozo de enviar al primer cónsul tan espléndido presente. Aunque amante de la Francia, creía aquel excelente príncipe que no era posible permanecer en ella algunos días sin perder enteramente la religión de sus mayores.

Mucho convenía al primer cónsul el ruido de semejantes demostraciones; consideraba como útil y aun complaciase en manifestar á la Europa y también á la Francia que los sucesores de Carlos V, los descendientes de Luis XIV, se honraban de tener con él relaciones personales. Pero apetecía más sólidas ventajas en sus relaciones diplomáticas y tendía á un objeto de mayor importancia.

Así el rey como la reina de España tenían particular predilección por una de sus hijas, la infanta doña María Luisa, que había casado con el príncipe heredero de Parma. La reina, hermana, según dejamos dicho, del duque reinante de aquel Estado, enlazó á su hija con su sobrino, y tenía reconcentradas en ambos sus más caras afecciones, porque la casa de que procedía le merecía extremada predilección. Todo su anhelo era proporcionar á aquella casa un engrandecimiento en Italia, y porque dependía esta península del vencedor de Marengo, en él puso todas sus esperanzas para lograr el cumplimiento de sus deseos. Advertido el primer cónsul del secreto intento de la reina, no se descuidó en aprovechar aquel medio de llegar á sus fines, y despachó á Madrid á su fiel Berthier para que se aprovechase de la buena coyuntura que se presentaba. Aquel fué su primer cuidado al volver de Marengo. A Berlín y á Viena había mandado edecanes suyos, pero con la corte de España quiso mostrar particular consideración, y envió á ella al personaje que más de cerca participaba de su gloria, porque era á la sazón Berthier el Parmenión del nuevo Alejandro. En la época misma en que el primer cónsul negociaba con Mr. de Saint-Julien los preliminares de paz, en que se granjeaba el corazón inflamable de Pablo I y en que fomentaba en el Norte la contienda de los neutrales, en aquella época misma envió con toda premura al general Berthier á Madrid. Partió éste hacia fines de agosto (principios de fructidor), sin título ninguno oficial, pero con la certeza de causar grande afecto con su sola presencia y con poderes secretos para entender en los asuntos de mayor gravedad.

Tenía su viaje varios objetos: era el primero visitar los principales puertos de la Península, examinar su estado y sus recursos, y activar en ellos á fuerza de dinero las expediciones á Malta y al Egipto. Desempeñó Berthier prontamente este encargo, y voló después á Madrid á cumplir la misión más importante que le estaba encomendada. Consentía el primer cónsul en conceder un aumento de territorio á la casa de Parma, y aun estaba dispuesto á agregar á él el nuevo título de rey,

cosa que hubiera puesto el colmo al anhelo de la reina; pero exigía que se le retribuyese su largueza de dos maneras; primeramente, restituyendo la Luisiana á la Francia; en segundo lugar, dirigiendo á la corte de Portugal una intimación amenazadora para decidirla á hacer la paz con la república y á romper con Inglaterra.

Los motivos del primer cónsul para exigir tales condiciones, eran éstos. Desde la muerte de Kléber empezó á concebir temores sobre la conservación del Egipto, y como todos los de su época, ambicionaba las posesiones apartadas. La rivalidad de la Francia con la Inglaterra, que estaban combatiendo hacía un siglo por las Indias orientales y occidentales, había exaltado hasta el más alto punto la pasión dominante de poseer colonias. Quería el primer cónsul que la Francia le debiese algo de su grandeza colonial, caso de que llegara á arrebatársele el Egipto. Recorría el mapa del mundo y fijaba su ansiosa mirada en una soberbia provincia situada entre Méjico y los Estados Unidos, poseída en otro tiempo por la Francia, cedida por Luis XV á Carlos III en una época de decadencia, amagada de continuo por ingleses y americanos mientras durase en las manos impotentes de los españoles, de escaso valor para éstos, que poseían una mitad del continente americano, pero de gran valor para los franceses, que nada tenían en aquella parte de América, y que podía llegar á ser pingüe y fecunda cuando estos últimos dedicasen especialmente su actividad á aquel territorio; era aquella provincia la Luisiana. Esperaba el primer cónsul lograr en ella la indemnización de lo que perdía en Santo Domingo, si llegaba el caso de que no hubiera que esperarla del Egipto.

Exigíala, pues, formalmente de la España en trueque de un territorio de la península de Italia, y demandaba por vía de accesorio que se le cediese cierto número de los buques españoles bloqueados en la rada de Brest. Por lo que hace al Portugal, proponíase utilizar la posición geográfica de España y el parentesco que unía á las dos casas reinantes de la Península para separarle de la alianza inglesa. El príncipe del Brasil, gobernador de Portugal, era, en efecto, yerno de los reyes de España, de modo que ofrecía Madrid, además del poder de la vecindad, el influjo de familia, y no era de desperdiciar la coyuntura de poder emplear uno y otro medio para arrojar á los ingleses de aquella parte del continente. Una vez expulsados éstos de Portugal, cuando ya iban á cerrárseles las costas de Prusia, Dinamarca, Rusia y Suecia, y cuando Nápoles, condenada á sufrir los caprichos de la Francia, iba á recibir la orden de no admitirlos en sus puertos, pronto iban á verse expulsados del continente entero.

Tales fueron las condiciones que se encargó á Berthier llevarse á Madrid. Fué muy bien recibido por los reyes, por el príncipe de la Paz y por todos los grandes de España, que mostraron gran curiosidad de ver al personaje cuyo nombre figuraba siempre junto con el del general Bonaparte en los relatos de las guerras contemporáneas. Aunque parecían rigurosas las condiciones que exigía la Francia, no era posible, sin embargo, resistirse á ellas seriamente. Sólo el ministro Urquijo, que temía el efecto que pudiera producir en los españoles una cesión de tanta importancia, parecía mostrarse algo menos propicio que la corte. Para tranquilizarle alegá-

ronse razones sin disputa poderosas; díjosele que para que las costas aún inhabitadas del Massissipi pudieran servir de equivalente á las menores posesiones en Italia, era menester una grande extensión de territorio; que los españoles necesitaban en el golfo de Méjico tener contra los ingleses y los americanos aliados como los franceses; que si la Luisiana era de gran valor para la Francia, despojada de todas sus posesiones coloniales, casi nada valía para la España, tan rica ya en el Nuevo Mundo; que un aumento de influencia en Italia era mucho más provechoso á la España que un territorio lejano, situado en una región donde tenía ya ésta más países de los que podía beneficiar y defender; y por último, que la Luisiana era una antigua posesión francesa perdida por la debilidad de Luis XV, y que el mismo Carlos III, cuya probidad era proverbial en el mundo, se había negado por algún tiempo á aceptarla, conociendo cuán poco se le debía. Estas razones eran excelentes, y en verdad que la España no daba entonces más de lo que recibía; pero lo que decidió al ministro Urquijo más que todos los argumentos sólidos y convincentes, fué el temor de ofender á la Francia y de dejar fallida una combinación que quería llevar á cabo su corte casi con pasión.

Convínose en un tratado eventual, por el cual prometía el primer cónsul proporcionar al duque de Parma un aumento de sus Estados en Italia de un millón y doscientas mil almas poco más ó menos, asegurarle además el título de rey y su reconocimiento como tal de todos los soberanos de Europa, cuando llegara la época de la paz general. La España en trueque debía, así que se cumplierse parte de dichas condiciones, restituir la Luisiana á la Francia con la extensión que dicha provincia tenía cuando Luis XV se la cedió á Carlos III y dar además cinco navíos de línea aparejados, armados y dispuestos á recibir sus tripulaciones. Este tratado, firmado por Berthier en Madrid, llenó á la reina de júbilo y puso el colmo á la infatuación que la corte de España tenía al primer cónsul.

La última condición, cuyo objeto era obligar al Portugal á romper con la Inglaterra, era de fácil cumplimiento, por cuanto entraba en el interés de España no menos que en el de Francia. La España, en efecto, estaba tan interesada como la Francia en cercenar las armas á la Inglaterra y sobre todo en excluirla del continente. No hacía el primer cónsul con esto más que sacudir su imperdonable apatía é incitarla á valerse de una influencia que debió utilizar de mucho tiempo atrás. Sus proyectos sobre este punto se extendían á más, pues proponía á Carlos IV que si la corte de Lisboa no se prestaba inmediatamente á la intimación que debía hacersele, atravesaría la frontera de Portugal con un ejército, se apoderaría de una ó dos provincias y las retendría como en prenda, á fin de obligar más tarde á la Inglaterra para libertar los Estados de su aliada á devolver las colonias españolas que había conquistado. Por su parte, si Carlos IV no se juzgaba con bastante poder para intentar aquella empresa, le ofrecía socorrerle con una división francesa. No pedía tanto el buen monarca; el príncipe del Brasil era su yerno y repugnábale desposeerle de una parte de sus provincias, aunque sólo debiera servir de prenda para la restitución de las provincias españolas. Dirigióle, sin embargo, las más urgen-

tes amonestaciones, añadiendo amenazas de guerra por si desoía sus consejos. La corte de Lisboa prometió enviar inmediatamente á Madrid un negociador para conferenciar con el embajador de Francia.

Volvió á París Berthier colmado de favores de la corte de España, asegurando al primer cónsul que podía contar en Madrid con corazones enteramente adictos á su persona. Los hermosos caballos regalados por Carlos IV llegaron hacia el mismo tiempo y fuéronle presentados al primer cónsul en la plaza del Carrousel, en una de aquellas grandes revistas en que se complacía éste, dejando ver al pueblo de París y á los extranjeros los soldados vencedores de Europa. Acudió un inmenso gentío á contemplar aquellos soberbios animales, aquellos picadores ricamente vestidos, cuyo aspecto recordaba la regia magnificencia antigua, y que probaban la consideración y las eficaces atenciones que las cortes más antiguas de Europa tributaban al nuevo jefe de la república francesa.

Entonces mismo se presentaron en París tres negociadores americanos, Olivier Elsworth, Richardson Davie y Van-Murray, encargados de emprender un acomodamiento entre la Francia y los Estados Unidos. Esta república, dominada por el interés mucho más que por el agradecimiento, y gobernada á la sazón especialmente por la política del partido federalista, se había unido á la Gran Bretaña durante la última guerra, faltando no sólo á la Francia, sino también á sí misma con abandonar los principios de la neutralidad marítima; á pesar del tratado de alianza de 1778, al cual debía su existencia, y que la obligaba á no conceder á nadie ventajas comerciales de que no participase al mismo tiempo la Francia, había concedido á la Gran Bretaña ventajas particulares y exclusivas. Abandonando el principio de que la bandera ampara la mercadería, había admitido que pudiera buscarse la propiedad enemiga en cualquier buque neutral, apoderándose de ella si llegaba á averiguarse su procedencia. Semejante conducta era tan poco hábil cuanto deshonrosa. El Directorio, naturalmente enojado, había recurrido al sistema de represalias, declarando que la Francia trataría á los neutrales del mismo modo que se dejaban tratar ellos por la Inglaterra; y de un rigor á otro había llegado con América á un estado de guerra casi declarada, aunque sin hostilidades de hecho.

Esto era lo que más empeño tenía el primer cónsul en remediar. Ya se ha visto los honores que hizo tributar á Washington con el doble intento de que produjesen su efecto dentro y fuera; nombró tres plenipotenciarios, su hermano José Bonaparte, y los dos consejeros de Estado Fleurieu y Roederer, para entenderse con los plenipotenciarios americanos, y aceleró cuanto pudo el fin de la negociación, con objeto de suscitar un nuevo enemigo á la Inglaterra, inscribiendo una potencia más en el catálogo de las que se comprometiesen á hacer respetar los verdaderos principios de la neutralidad marítima. El primer obstáculo que se ofrecía para la avenencia era el artículo por el cual la América había prometido hacer partícipe á la Francia de las ventajas mercantiles otorgadas por ella á todas las naciones. Esta obligación de no hacer cosa alguna por los demás sin hacerla inmediatamente por nosotros, ocasionaba á los americanos grandes embarazos. Los negociadores no se

mostraban muy dispuestos á ceder sobre este punto, pero sí á reconocer y defender los derechos de los neutrales, y á restablecer en sus estipulaciones con la Francia los principios que habían abandonado al tratar con Inglaterra. El primer cónsul, que ponía mucho más empeño en los principios de la neutralidad marítima que en las ventajas comerciales del tratado de 1778, ilusorias ya en la práctica, encargó á su hermano no detenerse en aquello, y concluir un convenio con los enviados americanos con tal de que accediesen ellos al reconocimiento completo y solemne de los principios del derecho de gentes, que importaba mucho hacer prevalecer. Zanjada esta dificultad, se pusieron en breve de acuerdo en todo lo demás, disponiéndose al punto á firmar un tratado de reconciliación con América.

Empezaba también otra avenencia mucho más importante todavía, la de la república, con la Santa Sede. Elegido el nuevo papa con vaga esperanza de una reconciliación con la Francia, había visto realizada aquella esperanza á la cual debía su elevación. El general Bonaparte, como ya dijimos, hizo á Pío VII al volver de Marengo algunas insinuaciones por conducto del cardenal Martiniana, obispo de Vercelli, asegurándole que no tenía intención de restablecer las repúblicas Romana y Partenopea erigidas por el Directorio. Tenía en verdad harta tarea en Italia con constituir la república Cisalpina, dirigirla y defenderla contra la política y los intereses de toda Europa. Había solicitado en trueque el general Bonaparte que el nuevo pontífice emplease su influjo sobre las almas para ayudarle á restablecer en Francia la paz y la concordia. Recibió gozoso el papa al conde Alciati, sobrino del cardenal Martiniana, encargado de transmitirle las insinuaciones del primer cónsul; despachóle al punto á Vercelli para que declarase en su nombre como, dispuesto á coadyuvar á las intenciones del primer cónsul en lo relativo á un objeto tan vital ó importante para la Iglesia, deseaba conocer de antemano de una manera algo más explícita las miras del gabinete francés. Escribió, pues, el cardenal desde Vercelli á París, comunicando las disposiciones y deseos del nuevo papa; respondió el primer cónsul pidiendo un negociador con quien pudiera explicarse directamente, y al punto el papa designó al objeto á monseñor Spina, obispo de Cotinto y nuncio de la Santa Sede en Florencia. Trasladóse primeramente á Vercelli este negociador, y se decidió después á ir á París, accediendo á las repetidas instancias del primer cónsul, que quería asegurarse mejor del buen éxito de aquella negociación, atrayéndola á sí. No dejaba de ser arriesgada la tentativa del primer cónsul de llamar á París un representante de la Santa Sede, especialmente en una época en que los ánimos se mostraban muy poco dispuestos á semejantes espectáculos. Convínose en que monseñor Spina no tendría ningún título oficial, y que se presentaría sólo como obispo de Corinto encargado de tratar con el gobierno francés de los negocios del gobierno romano.

Mientras duraban estas negociaciones dirigidas con tanta actividad y destreza con todas las potencias, Mr. de Saint-Julien, firmante y portador de los preliminares de paz, se había dirigido á Viena en compañía de Duroc. Convencido íntimamente de lo imprudente de su conducta, no había ocultado á Mr. de Talleyrand que no

estaba seguro de poder llevar á Duroc hasta aquella corte. Las ilusiones del ministro no le consintieron creer que semejante dificultad pudiese ocurrir realmente, y se había convenido que Mr. de Saint-Julien y Duroc pasarían por el cuartel general de Mr. de Kray situado en Alt Ettingen, cerca del Inn, para obtener de aquel general el pasaporte indispensable para que pudiese Duroc penetrar en el Austria. Llegaron al cuartel general el 4 de agosto de 1800 (16 termidor del año VIII); pero fué detenido el francés, y no pudo pasar de los límites marcados en el armisticio. Era aquel un indicio poco favorable de la acogida que aguardaba á los preliminares. Mr. de Saint-Julien entonces pasó solo á Viena diciendo á Duroc que iba á pedir pasaportes para él y á remitírselos sin tardanza al cuartel general, caso de conseguirlos. Trasladóse, pues, Mr. de Saint-Julien cerca del emperador, y le entregó los artículos que había firmado en París, salvos la ratificación y el secreto.

Mucho sorprendió al emperador, y no le desagradó menos la singular latitud que Mr. de Saint-Julien había dado á sus instrucciones; no eran precisamente las condiciones contenidas en los artículos preliminares lo que le disgustaba, sino más bien el temor de quedar comprometido con Inglaterra, que acababa de auxiliarse con su dinero y que se mostraba asaz desconfiada. Bien quería obligar al primer cónsul á que le revelase sus intenciones, descubriéndole parte de las suyas propias, pero no firmar acto ninguno por cualquier precio que fuese, porque esto suponía que se había entablado una negociación sin intervenir el gabinete británico. Así, pues, á pesar del peligro de provocar una tormenta por el lado de la Francia, el gabinete imperial tomó el partido de no reconocer lo hecho por Mr. de Saint-Julien; quedó este oficial públicamente desairado, y se le envió desterrado en cierta manera á una de las provincias remotas del imperio; consideráronse los preliminares como si no existieran, por haberlos firmado, aunque provisionalmente, un agente sin carácter ni poderes para ello. Negáronse á Duroc los pasaportes, y después de esperar vanamente hasta el 13 de agosto (25 termidor), tuvo que regresar á París.

Enojoso era en verdad tener que hacer sabedor de todo aquello al primer cónsul independientemente de la demora de la conclusión de la paz experimentada, y bien podía el Austria temer los efectos que semejante comunicación produciría en su carácter irritable. Era muy posible que, dejando á París inmediatamente, se pusiese al frente de los ejércitos de la república y marchase sobre Viena. En aquella situación resolvió la corte de Austria, aunque desaprobando los preliminares, no hacer de dicha desaprobación un verdadero rompimiento, y proponer al gobierno francés que se abriese sin tardanza un congreso. El representante del gabinete británico cerca del emperador, lord Minto, consentía en dejar negociar al Austria, pero con tal de que en la negociación fuese comprendida la Inglaterra. Pusieron con él de acuerdo para proponer unas conferencias diplomáticas, en que la Inglaterra y el Austria tomasen igualmente parte: en vista de lo cual Mr. de Thugut escribió á Mr. de Talleyrand con fecha de 11 de agosto (23 termidor), que si bien el emperador desaprobaba la conducta imprudente de Mr. de Saint-Julien,

no por eso deseaba la paz con menor ansia; que por lo tanto proponía se celebrase inmediatamente un congreso en la misma Francia, en Schelestadt ó en Luneville, donde mejor se quisiera: que la Gran Bretaña estaba dispuesta á enviar á él un plenipotenciario, y que si el primer cónsul accedía pronto, podía recobrar una paz general en el mundo. Iba acompañada esta comunicación de las expresiones más adecuadas para calmar el carácter impetuoso del hombre que gobernaba á la sazón la Francia.

Grande fué el enojo del primer cónsul al recibir aquellas noticias: ofendíale primeramente que no se reconociese al oficial que había tratado con él, y veía además con sentimiento que se alejaba la época de una pacificación ansiada. Advertía principalmente que la participación de la Inglaterra en aquella negociación era causa de interminables dilaciones, porque la paz marítima era mucho más difícil de arreglar que la paz continental. Quiso al pronto, dominado por la primera impresión, hacer un escarmiento y renovar al punto las hostilidades, denunciando al Austria como infractora de la buena fe; pero Mr. de Talleyrand, que conocía ser él la causa de aquel conflicto por haber negociado con un plenipotenciario sin poderes, hizo cuanto pudo para calmar al primer cónsul. Sometióse entonces el negocio al conocimiento del Consejo de Estado. Esta gran corporación, que hoy no es más que un tribunal administrativo, era entonces un verdadero consejo de gobierno: dirigióle el ministro un informe detallado, en el cual le decía: «El primer cónsul ha creído oportuno convocar Consejo de Estado extraordinario, y confiado, así en su prudencia como en sus luces, me manda poner en su conocimiento todos los pormenores de la negociación seguida con la corte de Viena.» Después de hacer una exposición de dicho tratado cual hubiera podido hacerla ante un consejo de ministros, convenía Mr. de Talleyrand en que el plenipotenciario austriaco carecía de poderes, y venía á confesar que al negociar con él debió preverse la posibilidad de una desaprobación; que por lo tanto no se podía suscitar sobre el asunto una polémica de aparato, y que era preciso renunciar á un rompimiento abierto. Pero trayendo al caso el ejemplo de las negociaciones entabladas para la paz de Westfalia, que habían precedido con mucho á la firma del tratado de Múnster, y durante las cuales se había negociado y combatido á un mismo tiempo, proponía que se aceptase la formación del congreso, renovando á la vez las hostilidades.

Esto era en efecto lo más prudente. Preciso era tratar, puesto que las potencias enemigas hacían la oferta á la Francia, pero también debía aprovecharse la circunstancia de hallarse nuestros ejércitos enteramente dispuestos á entrar en campaña, y de no haberse repuesto todavía de sus reveses los ejércitos austriacos para obligar al Austria á negociar formalmente y á separarse de la Inglaterra.

Otra cosa podía intentarse también, á pesar de que ofrecía sus ventajas, y no dejó de ocurrirse á la sagacidad característica del primer cónsul. Proponía la Inglaterra una negociación común, y en admitirla en un congreso había el peligro de dar cabida en él á una parte contratante poco interesada en concluir pronto, y además el peligro todavía mayor de complicar la paz

continental con todas las dificultades de la paz marítima; iba á pasarse el tiempo en negociaciones poco sin-ceras ó de difícil combinación, y entretanto se perdería la estación de los combates, dando á los ejércitos austriacos el respiro que tanto habían menester. Graves eran estos inconvenientes; pero debía haber remedio para todo, pues solicitando la Inglaterra ser admitida en la negociación, podía accederse á ello con la condición expresa de convenir también en un armisticio marítimo. Si se avenía á esta proposición la Inglaterra, las ventajas del armisticio marítimo sobrepasarían con mucho á los inconvenientes del armisticio continental, porque pudiendo nuestras escuadras circular con libertad, se hallarían en disposición de abastecer á Malta y de llevar á Egipto soldados, municiones y pertrechos. Por lograr esto se hubiera expuesto el primer cónsul de buen grado á sostener una campaña más en el continente. Un armisticio marítimo era sin duda cosa asaz nueva y poco usada en el derecho de gentes, pero justo era que la alianza anglo-austriaca pagase de algún modo el sacrificio que por nuestra parte hacíamos, suspendiendo la marcha de nuestras legiones sobre Viena.

Teníamos en Londres de negociador permanente á Mr. Otto, hombre sagaz y diestro, enviado allí para tratar los negocios relativos á los prisioneros de guerra. Habíale elegido además nuestro gabinete con objeto de servirse de él á la primera coyuntura para hacer ó recibir las insinuaciones á que pudieran dar origen las circunstancias. Encargósele especialmente dirigirse al gabinete británico y suscitar sin rodeo la cuestión de un armisticio naval. Encontraba el primer cónsul en este modo de proceder la ventaja de economizar tiempo y de tratar directamente sus asuntos, cosa que siempre prefería á valerse de intermedios. Diéronse á Mr. Otto en 24 de agosto (6 fructidor del año VIII) instrucciones conformes con este nuevo proyecto de negociación, y en el mismo día se contestó por medio de una carta bastante áspere á las comunicaciones de Viena. Atribuíase en esta carta al tratado de subsidios, firmado en 20 de junio último, la negativa de admitir los preliminares; compadeciase desdeñosamente la dependencia en que se había constituido el emperador respecto de Inglaterra, y aceptábase, por último, un congreso en Luneville, pero se añadía que mientras se negociaba sería preciso combatir, puesto que al proponer una negociación común no había tenido el Austria la precaución de preparar como condición natural una suspensión de armas en mar y tierra. Con esto se obligaba indirectamente á la diplomacia austriaca á intervenir por sí misma en Londres á fin de obtener el armisticio naval.

Estableciéronse las comunicaciones en Londres, entre Mr. Otto y el capitán George, jefe de la oficina de los transportes (*transport-office*). Duraron todo el mes de septiembre; Mr. Otto propuso en nombre de la Francia que se suspendiesen las hostilidades en mar y tierra; que se permitiese circular libremente á todos los buques de comercio y de guerra de las naciones beligerantes; que los puertos del dominio de Francia ú ocupados por sus ejércitos, tales como Malta y Alejandría, quedasen asimilados en un todo á las plazas de Philipsburgo, Ulm é Ingolstadt en Alemania, las cuales, á pesar de hallarse bloqueadas por nuestros ejércitos, podían reci-